

POMERANZ, Kenneth, *La gran divergencia. China, Europa y el nacimiento de la economía mundial moderna*, Barcelona: Arpa, 2024, 509 pp.

En el año 2000, Kenneth Pomeranz publicó *La gran divergencia...*, una obra que se convertiría en referencia obligada para entender la historia económica moderna y contemporánea a nivel global. Si, dos años antes, Andre Gunder Frank había defendido en su *ReOrient* (1998) que Asia en general y China en particular habían sido el gran centro y motor económico mundial hasta el siglo XIX (hasta entonces, Europa solo había podido comprar vagones en el tren asiático gracias a la plata americana), Pomeranz explicó por qué China, la gran potencia económica durante siglos (e incluso, milenios), no dio el salto tecnológico y económico europeo (que ocasionó esa «gran divergencia»), y pasó en pocas décadas de ser ese imperio que le dijo que «no» con displicencia a la embajada de Jorge III de Inglaterra (1793) a ser forzada en 1842 (tras la Primera Guerra del Opio) a firmar sus primeros tratados desiguales en el inicio de lo que más tarde se conocería como «el siglo de la humillación». Late en el libro una cuestión que, en 2011, plantearía Prasannan Parthasarathi con su título *Why Europe Grew Rich and Asia did not?*

El motivo de esta reseña es la publicación, en 2024, de la primera traducción de la obra de Pomeranz al español, realizada además a partir de la edición de 2021, que contenía un nuevo prefacio del autor. Una iniciativa, la de Arpa Editores, aún más digna de elogio si tenemos en cuenta el

escaso catálogo sinológico modernista (con honrosas excepciones, como varios de los títulos de la amplia obra de Jonathan Spence) volcado a la lengua de Cervantes.

La base del argumento de Pomeranz es que «Europa en su conjunto no parecía más próspera que Asia Oriental antes del siglo XIX» (p. 9). Las zonas más florecientes de las economías europea y asiática presentaban a finales del siglo XVIII un panorama similar con «una economía agraria relativamente sólida y fuertemente mercantilizada con mucha industria artesanal» (p. 10), por lo que las interpretaciones de largo recorrido (las que defienden que la divergencia fue paulatina en el periodo moderno o a lo largo del XVIII) están contaminadas por el conocimiento del final de la Historia (la crisis china y el auge europeo del XIX) y encuentran particularidades europeas en aspectos que no eran muy distintos en Asia o no resultaron significativos.

A través de un intenso estudio comparativo, el autor constata una y otra vez que los que se consideraban «logros europeos únicos» resultan «cada vez más ordinarios» (p. 32), y que las particularidades y ventajas de partida para la gran divergencia no se encuentran en el interior de las áreas estudiadas, sino en elementos externos (vinculados con la explotación del Nuevo Mundo, como veremos) en los que inciden también no pocos factores fortuitos. Procura Pomeranz de esta manera refutar todas las argumentaciones eurocéntricas y a posteriori (lo que llama «viejos caballos de batalla historiográficos», p. 14) que retrotraen el despegue europeo al Renacimiento y lo achacan

a cuestiones latentes identificables en el espíritu, la naturaleza y la identidad de los europeos (la libertad, el medio, la apertura mental, el modelo económico, tecnológico y/o científico, etc.) o –en negativo– de los chinos.

Para esta comparación, la obra propone regiones equivalentes y coherentes (económica, demográfica o socialmente) a la hora de la contraposición. Entiende el autor que hablar de Europa es una generalización, puesto que fue sobre todo Gran Bretaña el país que (acompañado, después, de Francia) realizó el gran despegue en la primera mitad del XIX, pero no así ámbitos como el mediterráneo o el oriental. Igualmente, carece de sentido comparar China o la India –que son, prácticamente, dos subcontinentes– con países europeos; por lo que tiene más sentido, por ejemplo, cruzar a Inglaterra o los Países Bajos, las regiones más prósperas de Europa a finales del XVIII, con su equivalente chino-asiático: el valle del Yangtsé. El propio Japón debe ser dividido por áreas para una óptima interpretación de cómo evolucionaron sus polos de desarrollo. Tiene también en cuenta Pomeranz, aunque en menor medida, las periferias continentales de esas regiones ricas de Europa y Asia, importantes para entender las dinámicas de desarrollo e interacción comercial. Todas estas comparaciones (tanto continentales como regionales) deben ser, además, «recíprocas» o «bidireccionales», sin los tradicionales hombres de paja: «sería más fructífero preguntarse (por ejemplo) por qué el delta del Yangtsé era como Gran Bretaña si uno se preguntaba simultáneamente por qué Gran

Bretaña no se había convertido en un delta del Yangtsé» (p. 20); los dos lados de la comparación son «desviaciones» cuando se contemplan a través de las expectativas del otro, en vez de dejar uno al margen, como siempre se ha hecho» (p. 28).

Como es habitual en la historiografía global (a la que tiene sentido excusar la investigación de archivo), el autor apoya sus argumentaciones en la interpretación de fuentes secundarias, que en el caso de esta obra generan un listado de más de cincuenta páginas (que la editorial ha sabido ahorrar al coste de edición y al ya de por sí considerable tamaño de la obra impresa haciéndolas accesibles a través de su página web). Apoyado en los hombros de investigaciones a diferentes escalas (imperiales, nacionales, regionales, locales), Pomeranz se hace estas grandes preguntas y saca las conclusiones globales mencionadas. Es también, por otra parte, la bibliografía disponible la que limita las áreas geográficas estudiadas (principalmente, Europa occidental, la India, China y Japón), como explica el mismo autor (p. 59).

La primera parte del libro, «Un mundo de tremendas semejanzas», se centra en los recursos: el capital físico, la tecnología y la producción. Pomeranz, como en el resto de la obra, no cree que se dieran aquí diferencias sustanciales. Si los europeos tenían más ganado, los chinos dependían menos de él pues disponían de mejores comunicaciones fluviales y el arroz requiere menos fuerza animal para su cultivo (pp. 66-67); si los asiáticos orientales vivieron más catástrofes naturales, los europeos libraron considerablemente más guerras; si

Europa produce más energía, los hogares chinos la administran de manera más eficiente. La esperanza de vida y las tasas de natalidad eran también equiparables. En todo caso, a la altura de 1750, la ventaja habría sido china y japonesa en términos de productividad agrícola, cantidad y calidad artesanal, así como de eficiencia estatal en la gestión de la salud pública (pp. 83-85).

Si nos fijamos en la economía de mercado, Pomeranz niega a Europa occidental la ventaja tradicionalmente concedida por una supuesta relajación de los monopolios, las prebendas y la fijación de la propiedad de la tierra. Por el contrario, la agricultura de China habría tenido un mayor stock de tierra alienable y menos trabas para su roturación. En cuanto al mercado de trabajo, Europa presentó una mayor movilidad de la mano de obra artesanal, pero se vio aventajada por China en el desplazamiento del campesinado a las zonas menos explotadas del interior (pp. 140-144). El declive de los gremios europeos se produjo en paralelo a la decadencia del sistema chino de artesanía hereditaria. Tampoco fue una excepción europea el aumento del poder adquisitivo de la población trabajadora. Respecto al papel de las mujeres en la economía, la menor reticencia a que las europeas trabajasen fuera de casa se compensaba en el ámbito chino con el peso de la labor textil femenina (pp. 164-174). De nuevo, ni una ni otra región presentaban en estos aspectos una clara ventaja que explique la divergencia del XIX, ya que ambas vivieron una «revolución industrial», lo que, a la vez, demuestra que estas pautas de

desarrollo no tenían que conducir necesariamente a una «industrial».

La segunda parte de la obra, «¿De la nueva ética a la nueva economía? Consumo, inversión y capitalismo», pone el foco en los patrones de consumo «innecesario», fijándose en la demanda comercial y en los factores culturales (tejido empresarial, acumulación de capital, materialismo...) e institucionales. Frente a la visión tradicional del europeo individualista, emprendedor y consumidor de lujo, Pomeranz afirma que «el consumo chino era significativamente mayor» en lo concerniente a los «lujos cotidianos» como el azúcar y el tabaco, más asequibles para la población (pp. 188-202), y que no eran muy distintos a los patrones en China, Japón y Europa occidental respecto a otros bienes de consumo más duraderos («muebles, platería, ropa de cama, etc.», p. 203). De hecho, en la China dieciochesca se detecta un mayor acceso a la producción textil y de libros, si bien Europa la aventajó en el mercado de la construcción de vivienda y presenta en el XVIII una aceleración del consumo a partir del pujante sentido de «la moda» (también criticado por los moralistas chinos, por cierto).

En cuanto al tejido empresarial, el autor refuta la teoría generalizada sobre las ventajas europeas en términos de longevidad, contabilidad o separación entre la empresa y el linaje (p. 258). Sí que aprecia una gran diferencia en cuanto al papel jugado por los Estados europeos a la hora de incentivar (con privilegios como exenciones y monopolios) y apoyar (si era necesario, con la fuerza) a sus mercaderes para luego poder lucrarse a través de los impuestos.

Las masacres de comerciantes chinos en Manila o Batavia son una muestra de hasta qué punto el emperador chino se lavaba las manos en estos asuntos.

La tercera y última parte, «Más allá de Smith y Malthus: de las limitaciones ecológicas al crecimiento industrial sostenido», sopesa la influencia de los factores internos y externos que pudieron afectar al desequilibrio, y compara los intentos de comercio a larga distancia por parte de las zonas más ricas de Asia Oriental con otras fórmulas europeas, tanto en el este continental como en el Nuevo Mundo. El crecimiento preindustrial de las regiones de su entorno habría llevado a China a un callejón sin salida que igualmente habrían tenido que afrontar las potencias europeas si no hubiesen dispuesto de un mercado ultramarino en el que imponerse. Se trata de una «tensión ecológica» propia de un estadio de desarrollo y un crecimiento demográfico que no cuenta con más recursos que los internos, de «un importante problema compartido por los centros del Viejo Mundo: que antes de los fertilizantes sintéticos, las fibras sintéticas y la energía mineral barata que hace que los productos sintéticos sean económicos, había límites en la capacidad de la mano de obra y el capital para sustituir la tierra» (p. 323).

Así pues, a finales del siglo XVIII, las zonas más productivas de Eurasia presentaban unas similares (o equivalentes) pautas de crecimiento (incluso inferiores para Europa en ámbitos como el agrícola) sin factores endógenos diferenciales que expliquen la divergencia. Todas se encontraron –y esto es fundamental en la argumentación de la obra– con las mismas «limitaciones

medioambientales». Pomeranz da un gran peso a las argumentaciones malthusianas (marcadas por las cuatro necesidades: alimento, combustible, fibra y materiales de construcción) y considera que europeos y asiáticos enfrentaron a finales del XVIII los mismos riesgos y paradojas de la presión ecológica, los propios derivados de la necesidad de mantener el equilibrio entre la población y la producción. Si el crecimiento demográfico debe ser sostenido con el cultivo de alimentos, este requiere campesinos trabajando en una cantidad considerable de terreno, lo que condiciona el porcentaje de población dedicada a la artesanía y los cultivos empleados en la plantación de fibra para la producción textil. A esto hay que sumar los recursos de construcción y combustible aportados por los bosques, con el riesgo ecológico que supone la deforestación (pp. 345-370). Esa tensión ecológica habría sido aún más acuciante, por cierto, en Europa occidental que en China a la altura de 1800, pues afrontaba una situación especialmente poco prometedora por causas varias, como unas mayores tasas de agotamiento en los bosques o unos mercados periféricos (de «mano de obra libre») menos propicios para la colocación de manufacturas debido al crecimiento productivo de Europa oriental (p. 392); si bien Gran Bretaña contaba con su privilegiado acceso al carbón (pp. 104-109).

En definitiva, ambas regiones marchaban, en el cambio de siglo, hacia el precipicio, pero una despegó y evitó la caída, y la causa principal no fue, en un primer momento, la maquinización y la adopción de los combustibles

fósiles, que luego intensificarían esa divergencia, sino la disponibilidad europea de los recursos («lo que realmente escaseaba: la tierra y la energía», p. 53) de ultramar. En América y el resto del ámbito colonial, las potencias europeas encontraron una fuente de materias primas que alivió la presión sobre el campo y liberó a la propia población para trabajar en la protoindustria; una mano de obra forzosa conseguida a través de la explotación de los indígenas y de la exportación de esclavos africanos; y un mercado cautivo al que vender materias primas. Todo un espacio de riqueza basado en la imposición por la fuerza y el subdesarrollo («en aquellos lugares en donde las organizaciones comerciales de los europeos del siglo XVIII –supuestamente superiores– tuvieron que competir con los comerciantes de otras regiones del Viejo Mundo sin utilizar la fuerza, sus resultados fueron mediocres») con el que no contaba, por ejemplo, el valle del Yangtsé, obligado a equilibrar el crecimiento con el riesgo de agotamiento ambiental y a ser competitivo en el marco de los mercados que lo rodeaban (para empezar, dentro de la propia China, pero también en Japón, Corea o el sudeste asiático).

Fue, en consecuencia, el Nuevo Mundo el que permitió a Europa escapar de la tragedia ecológica: «Es evidente que gran parte del logro europeo en la Revolución industrial fue escapar de un patrón de larga duración en el que todo crecimiento suponía un aumento significativo de las demandas sobre la tierra», haciendo que su crecimiento fuese ecológicamente sostenible (pp. 101-102).

Factores, pues, que no fueron endógenos europeos, que permitieron superar el cuello de botella ecológico y que además se vieron sustentados por otra serie de circunstancias casuales, como la falta de inmunidad de los amerindios a las epidemias europeas (que abrió las puertas de la conquista y la ocupación del continente) o la monetarización de China tras la caída del papel moneda en tiempos de los Ming, que dio salida a la plata americana y evitó en parte su devaluación (pp. 410-417).

En el prefacio de la edición de 2021, donde hace un repaso historiográfico que viene a refrendar la influencia y la vigencia de su obra, Pomeranz está dispuesto a admitir las voces que adelantan a principios del XVIII el inicio de la divergencia, pero nunca por factores europeos. El descenso de la renta per cápita china se habría debido a su aumento demográfico.

Se trata, en definitiva, de una obra dieciochista de referencia obligada y que –gracias al brillante análisis multicausal realizado por su autor– sigue vigente más de veinte años después. Un periodo, por cierto, en el que la preocupación por el agotamiento ambiental se ha hecho más pertinente y acuciante que nunca, y en el que China se ha vuelto a aupar (a pesar de las dudas suscitadas en los últimos años) como gran potencia económica, creando la sensación de que, tras la gran divergencia, se produjo una convergencia, y que aquel «siglo de la humillación» pudo ser una excepción dentro del milenario devenir del gigante asiático.

Antonio CALVO MATURANA